

Ana María Goetschel, coordinadora

De la sublevación a la participación:

las mujeres en la
historia del Ecuador,
siglos XVIII-XX



FORO

FLACSO Ecuador | Abya-Yala

Índice de contenidos

Abreviaturas y siglas. XI

Agradecimientos XIII

Introducción:

la historia de las mujeres y los estudios de género
en el Ecuador como campo de conocimiento. 1

Ana María Goetschel

PARTE I

SUBLEVACIONES Y CENSOS EN LA COLONIA
Y EN LA REPÚBLICA

Capítulo 1

Las capitanas sublevadas de Otavalo:
violencia y liderazgo en 1777. 37

Mireya Salgado Gómez

Capítulo 2

Demografía histórica e historia de las mujeres
en la Sierra ecuatoriana, siglos XVIII-XIX. 56

María José Vilalta

PARTE II

NARRACIONES Y REPRESENTACIONES

EN LOS SIGLOS XIX Y XX

Capítulo 3

La Emancipada o el significado de la República
en la vida de las mujeres del siglo XIX. 85

Rosemarie Terán Najas

Capítulo 4

Maternidad y nación: el discurso autorral
de escritoras ecuatorianas en la primera
mitad del siglo XX. 100

Natalia Loza Mayorga

PARTE III

ECONOMÍA, TRABAJO Y EDUCACIÓN

EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX

Capítulo 5

Hacia la autonomía económica de la mujer casada:
la ley de 1911 y las reformas de los
años treinta en Ecuador. 131

Carmen Diana Deere

Capítulo 6

La hegemonía de género y la modernización
de los movimientos obreros, 1895-1938 168

Erin E. O'Connor

Capítulo 7

La educación de las mujeres y el laicismo
en la primera mitad del siglo XX. 197

Ana María Goetschel

PARTE IV

PARTICIPACIÓN POLÍTICA

DURANTE EL SIGLO XX

Capítulo 8

Militancias de mujeres en las izquierdas:

estrategias, agendas y conflictos, 1938-1966 233

Tatiana Salazar Cortez

Capítulo 9

Activismo político femenino en las campañas

presidenciales de 1960 y 1968 261

Ximena Sosa C.

Capítulo 10

La emergencia de subjetividades feministas

en Ecuador, 1970-1980 297

Gioconda Herrera

Sobre las autoras 348

Capítulo 3

La Emancipada o el significado de la República en la vida de las mujeres del siglo XIX

Rosemarie Terán Najas

Mi análisis parte de una mirada crítica a la tendencia, muy difundida en la historia de la literatura, de considerar la novela decimonónica como una narrativa necesariamente articulada a la tarea de forjar las primeras representaciones de la nación en el contexto de las repúblicas independientes; y en las que, al mismo tiempo, la mujer aparece de forma reiterada como la metáfora fundacional de esa nación. Me pregunto si en el registro literario del siglo XIX la mujer está condenada a ser una metáfora, o si es posible que la narrativa literaria también permita descubrir dimensiones insospechadas de la agencia femenina en su esfuerzo por inventarse como sujeto moderno.

La novela *La Emancipada* de Miguel Riofrío —considerada la primera en su género en Ecuador, 1863— podría representar un caso paradigmático en dicho sentido. De hecho, en años recientes, Flor María Rodríguez Arenas descubrió en ella más afinidades con el realismo literario que con el romanticismo, mantra este último usado habitualmente para calificar toda novela fundacional a partir de una asociación a veces muy mecánica entre esa tendencia literaria y la representación de la nación.¹ También el hecho, por ejemplo, de que se haya dudado de si pertenece al género novelístico aporta otra clave interesante. Estas miradas críticas abren la posibilidad de

¹ Flor María Rodríguez Arenas (2009) señala que *La Emancipada* obtuvo su estatus de primera novela ecuatoriana solo en las últimas décadas, destronando así a *Cumandá*, del intelectual conservador Juan León Mera, considerada hasta entonces la obra fundacional del imaginario nacional decimonónico.

liberar a *La Emancipada* de perspectivas canónicas para poder apreciarla como un texto articulado por varias semánticas, merecedor de una reflexión más compleja e interdisciplinaria acotada a las significaciones culturales, políticas y sociales del momento histórico que enmarcó su producción.

Este breve artículo se propone ir más allá de las etiquetas del canon literario para plantear algunas hipótesis que contribuyan a comprender tanto a la novela como a su autor desde la historicidad de sus experiencias, en medio de la compleja coyuntura que experimentó el Ecuador en su tránsito hacia la modernidad republicana y la gestación del sujeto moderno en clave liberal.

Llegué a *La Emancipada* desde un ejercicio historiográfico en que me interesaba encontrar información sobre la educación de las mujeres en esa transición, partiendo de la idea de que el factor educativo fue un punto demarcatorio de especial trascendencia para diferenciar el antiguo régimen de la república moderna. En teoría, transformar súbditos en ciudadanos modernos dependía, entre otros factores, de la creación de un aparato educativo moderno totalmente innovador y extensivo que promocionara las bondades de los nuevos valores e instituciones republicanas mediante un sistema de escolarización masiva. Los datos existentes en archivos, sin embargo, aportan muy poco acerca de la suerte corrida por las mujeres en aquel proceso, menos aún acerca de la trascendencia que ello provocó en sus vidas, en sus construcciones de subjetividad. Me interesaba, en particular, examinar si el modelo educativo lancasteriano, de vanguardia, que Bolívar estableció, alcanzó ese nivel de profundidad.²

En la novela *La Emancipada* pude encontrar las huellas de ese impacto desde la posibilidad de usar el registro narrativo literario como fuente histórica. El interés por seguir un sendero distinto de indagación me permitió descubrir otros matices detrás del drama central predominante en la novela, que escapa a la simbolización nacional al conectarse directamente con

² De la abundante literatura existente acerca de este modelo, se concluye que el método lancasteriano o de enseñanza mutua se basaba en la utilización de alumnos avanzados llamados monitores, que enseñaban lo que previamente les había transmitido el maestro. Tenía la ventaja de acelerar los aprendizajes, requerir pocos docentes y facilitar la educación masiva necesaria para cimentar los valores republicanos en poco tiempo (Newland 1991).

un contexto histórico y social específico que impregna de verosimilitud la narrativa. En su erudito y detallado análisis introductorio a la novela, Rodríguez Arenas (2009) muestra los elementos de realismo que articulan la obra en la medida en que exhibe de manera crítica y frontal expresiones de la realidad social y cultural que aportan el indispensable efecto de veracidad que dicho género se propone conseguir. Son expresiones que en nuestra perspectiva revelarían, además, una temprana preocupación de la narrativa realista por una suerte de cuestión social que apuntaba a percibir, no solo la agencia y emergencia femeninas aún en medio del peso de las estructuras patriarcales, sino también el paisaje de lo popular, aspectos ambos vinculados al mundo de la marginalidad y de las tradiciones, que el autor interpela desde su mirada abiertamente ilustrada.

Por consiguiente, más que un imaginario romántico de nación, la narrativa de Miguel Riofrío supondría una reivindicación nostálgica del proyecto republicano emancipador encabezado por Bolívar. El horizonte político de Riofrío simbolizado en la novela se ancla a ese origen que, como veremos a continuación, va a identificar una primera etapa de esplendor acotada al momento independentista, referida a la madre de la “emancipada” y a su acceso público a la cultura letrada como normalista lancasteriana. Más tarde, ello declinaría en la historia de su hija, Rosaura, que representa el ocaso de la utopía republicana en tanto su suicidio devela que la revolución fue derrotada por las mismas nefastas estructuras que intentó combatir. Por consiguiente, la novela y la subjetividad política de Riofrío se articulan a una misma temporalidad, que arranca antes de la creación del Ecuador como república independiente hasta la crisis del proyecto liberal de mediados del XIX, que es cuando el autor decide publicar la obra. Sus protagonistas femeninas no solo simbolizan esta transición, sino que aparecen como portavoces del liberalismo profesado por Riofrío.

La Emancipada fue publicada por medio de fascículos periódicos en 1863. Envuelta en el clima de una trágica historia de amor que se desarrolla en 1841, en una localidad de la provincia de Loja, la novela relata el drama vivido por Rosaura, quien luego de la muerte de su madre queda indefensa a merced del despotismo de su padre, un presuntuoso propietario rural, de poca monta, que se ufana de su ancestro español y arregla para su

hija un matrimonio de conveniencia. Rosaura se ve obligada a aceptar esta imposición, frente al chantaje del padre que la amenaza con golpear en su presencia a un sirviente indígena y a su pequeña hija de seis años. Rosaura está profundamente enamorada de un estudiante de la capital, Eduardo; la decisión paterna provoca que la joven adopte una estrategia temeraria, la de acatar el matrimonio forzado para “emanciparse” legalmente de la tutela patriarcal y vivir su romance en libertad. El plan se concreta con la boda pero finalmente la joven pierde el apoyo de Eduardo. La narración sufre un quiebre abrupto en la segunda parte, cuando se describe la situación de degradación en la que queda la solitaria Rosaura, abocada a una supuesta vida licenciosa y a recibir amonestaciones morales de su antiguo novio, ahora convertido en fraile. El desenlace se traduce en el suicidio de la joven y el escarnio que sufre su cuerpo al ser sometido a una autopsia pública (Terán Najas 2010, 46). La trama femenina de esta novela trasunta el desencanto político de Riofrío. La mujer letrada que apuesta por su emancipación no imagina que la breve autonomía lograda es ilusoria, porque es femenina y por lo tanto no admisible en el marco de la nueva república. El suicidio de Rosaura, su cuerpo sometido al escarnio público, la muerte intranscendente de su madre, revelan que la modernidad liberal republicana, en su fase nacional, implicó un camino sin salidas para las mujeres.

La mayoría de los estudios sobre *La Emancipada* han girado en torno al drama patriarcal que envuelve a Rosaura y a su padre.³ Hemos tratado de descubrir una trama subyacente, que se hilvana a la relación de complicidad entre madre e hija a propósito del acceso de ambas a la cultura letrada, ámbito por excelencia de la modernidad republicana en tanto permitía un vínculo directo con la esfera de la opinión pública y del debate político generados por la prensa decimonónica. Por consiguiente, al instalarse de lleno en una historia social de las mujeres, la trama subyacente resulta crucial para explicar el carácter transgresor y desafiante de ambos personajes. A continuación, se transcriben ciertos trozos de la novela que aluden de forma directa a este relato, en el que, no por casualidad, la hegemonía

³ El primer trabajo sobre esta novela en la línea de la teoría feminista es de Martha Moscoso (1995).

paterna sintoniza bien con la hegemonía clerical católica, aspectos ambos criticados por Riofrío a través de su narrativa.

Rosaura:

Una semana después de haber sepultado a mi madre cuando todavía estaban mis ojos hinchados por las lágrimas, recogió mi padre todos mis libros, el papel, la pizarra, las plumas, la vihuela y los pinceles y formó un lío de todo esto, lo fue a depositar en el convento y volvió para decirme: Rosaura, ya tienes 12 años cumplidos; es necesario que desde hoy en adelante vivas con temor de Dios; es necesario enderezar tu educación, aunque ya el arbolito está torcido por la moda; tu madre era muy porfiada y con sus novelorías ha dañado todos los planes que yo tenía para hacerte una buena hija; yo quiero que te eduques para señora y esta educación empezará desde hoy (Riofrío 2009, 7).

Continúa el padre:

Porque tus abuelos, (que Dios haya perdonado y tenga entre los Santos) cometieron el desbarro de que un maldito fraile (perdóneme su corona), que vino a esa tontera de escuelas normales, hiciera leer malos libros a la muchacha. Con ese veneno se volvió respondona, murmuradora de los predicadores, enemiga de que se quemaran ramos benditos para aplacar la ira de Dios, y amiga de libros, papeles y palabras ociosas; de modo que nadie quiso casarse con ella en la ciudad, y con justa razón, porque ella en vez de hilar y cocinar, que es lo que deben saber las mujeres, le gustaba preguntar en dónde estaba Bolívar, quiénes se iban al congreso, que decía La Gaceta, y guardaba como cosa de reliquia esos libros de Telémaco y no sé qué otros extravagantes que le había dado ese fraile [...] Con que ya ves que si a una normalista como a tu madre la casaron sin que me conociera, a una dócil y obediente como tú se la ha de casar como a persona de valer (Riofrío 2009, 12-13).

Aparecen aquí contextualizados los dos momentos históricos antes mencionados, el primero representado por la experiencia letrada de la madre, que remontaría al año de 1824, más o menos, cuando ella actúa como profesora normalista de la escuela lancasteriana de Loja, e inicia a su hija

Rosaura en la práctica de la lectura y escritura. Y el segundo momento, marcado por la ausencia de la madre, ya fallecida, la opresión patriarcal y el declive del proyecto letrado de Rosaura durante el gobierno de Juan José Flores, al que Riofrío, desde su credo liberal, se opuso radicalmente.

Miguel Riofrío perteneció a la intelectualidad ilustrada que accedió al poder con la revolución marcista (marzo de 1845), un movimiento que produjo un giro trascendental en la historia política de aquellas décadas al lograr el derrocamiento del presidente Flores e instalar un proyecto de corte democrático contrario al poder conservador terrateniente. Cuando se publicó *La Emancipada* por fascículos en 1863, es decir dos décadas más tarde, el marcismo había sido derrotado y el país experimentaba una fractura política profunda que daría margen a Gabriel García Moreno para instaurar un gobierno republicano de corte conservador, autoritario y confesional. A raíz de este evento, Riofrío será oficialmente deportado y vivirá un largo exilio en Lima hasta la fecha de su fallecimiento.

El desencanto de Riofrío frente a la caída del proyecto republicano se derivaba de la crisis de los principios y valores políticos que habían sido intensamente debatidos en el seno de las sociedades ilustradas, a las que pertenecía el autor, en concreto, la Sociedad Democrática Miguel de Santiago y la Sociedad de Amigos de la Ilustración. Ambas fueron, como lo demuestran los historiadores Galaxis Borja (2016) y Jean Paul Ruiz (2022) en sugerentes estudios dedicados al tema, espacios marcistas de sociabilidad política de primer orden, interesados tanto en discutir y difundir los preceptos liberales como en activar procesos de formación política que apostaban a establecer vínculos con sectores populares urbanos, especialmente con los artesanos. Se podría señalar que estos ilustrados decimonónicos pertenecían a grupos emergentes de tendencia antiaristocrática y antibelicista. Hastiados del militarismo y el caudillismo de la primera mitad del XIX, probablemente procuraron dignificar la política en esos círculos. Estamos hablando de actores sociales inscritos en lo que Juan Maiguashca (1994) ha denominado el proyecto republicano de la igualdad.

La novela puede ser apreciada, entonces, como el testimonio de una experiencia política particular inscrita en el republicanismo temprano, que tuvo al mismo Riofrío como uno de sus protagonistas, además de que

resulta innegable la implicación biográfica del autor en la obra. Su publicación por fascículos en la prensa instaló dicha narrativa en el escenario de la esfera pública, un dispositivo republicano que no buscaba, directamente, crear identidad en torno a una cuestión propiamente “nacional”, sino llevar una problemática social a un grado de universalidad suficiente como para que su difusión pública contribuyera a que se interioricen y legitimen los nuevos valores opuestos al orden tradicional y encarnados, en este caso, en la educación lancasteriana femenina.⁴ En una de las escenas mejor logradas de la novela, se advierte el impacto perturbador de la enseñanza lancasteriana en el ambiente conservador de la aldea:

—Señor cura, le dije yo, el asunto es grave y si me permitiera le haría algunas reflexiones.

—¿Qué reflexiones son esas? —me respondió sin mirarme y con la vista fija en los que empezaban a bailar.

—La primera es que las hijas no son esclavas ni de sus padres ni de los curas.

—¿Y es un pascasio lancasteriano quien ha de venir a enseñarme?

—Sí Señor, un pascasio lancasteriano, tiene derecho para decir a un señor cura que si en verdad somos cristianos, debemos ser sustancialmente distintos de aquellos pueblos, en que la mujer es entregada como mercancía a los caprichos de un dueño, a quien sirve de utilidad o de entretenimiento, más no de esposa (Riofrío 2009, 10).⁵

La matriz de la utopía republicana cuya declinación deplora Riofrío es indiscutiblemente la etapa independentista. En la novela esta evocación es explícita a propósito del relato del escándalo público que provoca Rosaura al utilizar el matrimonio como recurso para lograr su emancipación, y desafiar a quienes la condenan por ese acto.

El cortejo del convento quedó hablando contra los malos libros, contra la educación del día, contra el religioso fundador de las escuelas lancasterianas y concluyó por declarar que el pueblo estaba excomulgado por no

⁴ Esta hipótesis se inspira en la reflexión de Jonathan Culler (2000, 50-52) sobre la función pública que cumplió la literatura decimonónica en Inglaterra para formar el “sujeto liberal”.

⁵ “Pascasio” se denominaba al estudiante que regresaba a la aldea en temporada de Pascua.

haber sacado la lengua a esa muchacha que se había atrevido a amenazar con pistolas al buen pastor y al juez de la parroquia [...] unos veían en Rosaura una heroína y aplaudían con entusiasmo la lucidez de su plan [...]. Otros se limitaban a disculparla diciendo que su vida se había dividido en dos secciones: una de educación bajo las inspiraciones de una madre civilizada y otra de prueba que no tenía ni remota idea de lo que pasa en el alma de una joven [...].

El bando más numeroso era el de los tradicionalistas o partidarios de las fuertes providencias: estos decían, como el padre de Rosaura, que el hombre ha sido creado para la gloria de Dios y la mujer para la gloria y comodidad del hombre; y que, por consiguiente, el uno debía educarse en el temor de Dios obedeciendo ciegamente al padre y después al esposo, y que el crimen de Rosaura debía ser severamente castigado, para vindicta de la sociedad y ejemplo vivo de todas las hijas. Estos acababan siempre por lamentar los buenos tiempos del Rey y por maldecir la independencia americana y el nombre de Bolívar (Riofrío 2009, 25).

Las semánticas del concepto “emancipada” aluden tanto al proceso libertario independentista como al recurso legal que brindaba a los hijos la posibilidad de esquivar, bajo ciertas condiciones, la “patria potestad”, una figura jurídica que garantizaba el predominio del poder patriarcal en el contexto familiar y en la sociedad de la época (Rodríguez Sánchez 1990). Mediante el matrimonio, Rosaura logra emanciparse de la patria potestad y, decidida como estaba a no caer en la tutela conyugal, esa decisión la pone al margen de las estructuras sociales hegemónicas de su localidad. Fuera de la “patria potestad” lo que le espera es la marginalidad social. Se mezcla con la plebe, se impregna de su carácter irreverente y desafía públicamente a los poderosos, hasta portando armas en ocasiones. No obstante, pese a que finalmente Rosaura recurre como medio de vida a la prostitución, una práctica denigrada en el relato, esto no logra opacar el aura social del personaje. Su relación abiertamente justiciera y solidaria con los indígenas, por ejemplo, aparece con frecuencia, expresando sentidos de complicidad derivados del hecho de compartir la marginalidad y la exclusión, o también de una sensibilidad social conectada a concepciones heterodoxas del amor cristiano al prójimo.

En este sentido vale la pena resaltar el profundo paralelismo existente entre el personaje femenino ficcional de *La Emancipada* y la figura de Dolores Veintimilla de Galindo. Ambas enfrentan el orden constituido, terminan siendo excluidas de la cultura letrada y manifiestan una especial sensibilidad por la justicia social que, en ambos casos, tiene que ver con la defensa de los indígenas, subalternizados como ellas y excluidos del proyecto nacional republicano. Al mismo tiempo, aparecen como librepensadoras, incursionando en los terrenos prohibidos de un pensamiento religioso no oficial que desafía los dogmas de la Iglesia, por eso los primeros ataques que reciben provienen fundamentalmente de sectores católicos.

En efecto, Dolores saltó al escenario público cuando escribió en defensa de un indígena acusado de parricidio que fue ajusticiado en la plaza pública de Cuenca. Su alegato deísta al “gran todo” como fuente sobrenatural de justicia, despertó la reacción de los sectores católicos que decidieron enfrentar semejante desviación denigrando a la poeta en su condición de mujer. Rosaura y su madre manifestaban también este tipo de religiosidad de tendencia anticlerical y ajena a la religiosidad barroca tradicional, pero de claro contenido social, centrada en torno a la idea de que dios era un “espíritu” bueno, “amigo de los pobres” y enemigo “de los soberbios... que maltratan a sus prójimos”. Cabría preguntarse, ¿Riofrío usó las voces femeninas de su novela para expresar su anticlericalismo y su adhesión a la justicia social, justamente en momentos en que liberales como él, inspirados por la revolución marcista y defensores de esos principios (Maiguashca 1994, 378), eran perseguidos por parte del gobierno garciano?

Así mismo, la novela se articula a otros temas relacionados con la realidad histórica del momento. No se debe descartar que el suicidio de Rosaura evoque, de alguna manera, el de Dolores Veintimilla de Galindo ocurrido en 1857, seis años antes de la publicación de *La Emancipada*.⁶ De otro lado, la

⁶ Las razones que llevaron al suicidio a Dolores Veintimilla están vinculadas a las calumnias y presiones que recibió por parte de sus contemporáneos por haberse atrevido a censurar públicamente la pena de muerte aplicada a un indígena parricida. Ana María Goetschel (2018) analiza la trascendencia que tuvo el pronunciamiento de Veintimilla en el marco de un debate vigente en la época sobre la legitimidad o ilegitimidad de ese acto de ejecución pública, que enfrentó enconadamente a conservadores y liberales.

explícita mención que hace el autor de la obra al personaje de Policarpa Salavarrieta, una celebridad de la historia de la independencia colombiana, actúa junto con otros elementos como referente para la heroización de Rosaura, que ocurre en su fase postrera, en la segunda parte de la novela.

Después de la fiesta, se la veía pasear sola en su alazán por los alrededores de la ciudad. En determinados días de la semana llegaba a las alturas de San Cayetano y permanecía largo rato mirando la alfombra de púrpura y gualda que forman las dumarides y las caléndulas silvestres. Se asegura que allí cantaba la canción colombiana La Pola y algún sentido yaraví, acompañándose con el canto de los gorriones, los suipes, los lapos y otras aves, y que al volver a la ciudad cuidaba de apearse a la margen del Zamora, enjugaba sus ojos con un pañuelo y bañaba su rostro con esas aguas frescas y cristalinas (Riofrío 2009, 29-30).

Pero, sin duda, no todo habría sido una estrategia de ocultamiento en el discurso de Riofrío. Los alcances de su sensibilidad social estaban muy condicionados por la dicotomía entre civilización y barbarie, que permeaba su apreciación del mundo popular y de género. Para un ilustrado como Riofrío el costumbrismo rural contradecía los valores rupturistas y civilizatorios del liberalismo. Rosaura misma emite esta crítica cuando es agredida por defender la participación de una mujer indígena en una festividad popular celebrada en la plaza del pueblo. Su respuesta a los indígenas que intentan protegerla es la siguiente:

—¡Amigos míos! ¿Creéis que estas gotas de sangre merezcan ser vengadas? No, hijos, éste es un desgraciado como vosotros y como yo: él ha reclamado la costumbre, en la costumbre está lo malo, y ésta viene de muy atrás.

—Él te ha faltado al respeto y le hemos de castigar —dijo un cacique.

—Él no sabe lo que es digno de respeto; para él sólo es respetable la costumbre, y como buen ignorante ha cumplido con su deber.

—Nosotros le hemos de enseñar a respetar a las señoras como nosotros las respetamos.

—Nuestra voz es muy débil, amigos, para enseñar, y nuestra situación muy triste para aprender. Dejad en paz a ese hombre, a quien la costumbre ha hecho ignorante y la ignorancia le ha hecho grosero (Riofrío 2009, 29).

La dicotomía civilización-barbarie adquiere pleno sentido en las palabras de Rosaura, quien aparece como portavoz de una suerte de ética liberal. Al ser una mujer la que la enuncia, esta crítica implica también a la estructura patriarcal local regida por la “patria potestad”, que en este caso fue capaz de convertir a un campesino presuntuoso en un verdadero señor feudal. Solo en la ciudad, espacio de gestación de la comunidad política, era posible la existencia del sujeto moderno ilustrado. Pero, al mismo tiempo, lo rural es para Riofrío una representación de la pureza original encarnada en la naturaleza y en la mujer virginal, intocadas por la cultura y la civilización, un tropo que estará presente en la poética de los ilustrados. En *La Emancipada* ni siquiera la educación puede transformar la situación de las mujeres en el medio local. Por el contrario, atravesar ese umbral civilizatorio las lleva a la perdición o al suicidio, sobre todo a aquellas que creyeron en las promesas de autonomía de la modernidad liberal. La educación local de los varones, en cambio, promueve su movilización hacia la ciudad, favoreciendo su conexión con universidades y sociedades ilustradas que eran, básicamente, espacios masculinizados de cultivo de los valores republicanos.

Género, literatura y política en las sociedades ilustradas

Pese a los ideales democráticos explícitos que animaban a los ilustrados, ellos se autoidentificaron como una élite provista de jerarquía intelectual y moral, autorizada para difundir las luces de la razón liberal y conducir al pueblo hacia el progreso y la civilización. Las sociedades ilustradas eran grupos exclusivos y excluyentes que reproducían en sus prácticas y discursos la estructura de lo que se ha denominado la República de las Letras.

En un discurso pronunciado en la Sociedad de la Ilustración, al parecer a pocos años de la revolución marcista de 1845, Riofrío estableció una reveladora conexión entre política y literatura que ayuda a comprender la naturaleza que tuvo el saber letrado como escenario de reflexión y de enunciación de la realidad social, e igualmente, de identificación de la condición subalterna asignada a la mujer en el nuevo orden (Riofrío s.f.).

En la perspectiva de Riofrío, los gobiernos democráticos debían beber de las fuentes de la filosofía, del arte y de la poesía, campos que él consideraba saberes fundantes del pensamiento. No hay que olvidar que la Ilustración se propuso producir nuevos enunciados sobre el mundo. La palabra ilustrada era la encargada de renombrar la realidad en sintonía con el ideal de la república letrada. La literatura fue ese lugar de enunciación y el campo intelectual por excelencia que debía inspirar al arte de gobernar.

Riofrío (s.f., 4) reconocía la existencia de una acción recíproca entre literatura y política. Afirmaba que “la forma de gobierno, las creencias y aún los vicios de las naciones se pintan en su literatura y las tendencias, los connatos civilizadores emanan de ella su misión es la de crear y reflexionar”. Se preguntaba Riofrío por qué aún no se consolidaba este papel de la literatura y en respuesta advertía que la discordia y la confrontación partidista eran las causas principales del problema, no solo en el país sino en América.

Algunas de estas funestas causales han existido indudablemente en nuestro suelo para que en las épocas transcurridas no haya tomado la literatura americana un carácter que le sea propio y peculiar, para que no haya adquirido todo el vigor y la sutileza necesarios a fin de penetrar en las masas populares y destruir sus malos hábitos, y para que no se haya convertido aun en un poderoso auxiliar de la política (Riofrío s.f., 4).

Él concebía una literatura destinada a difundir un orden moral que depurara las bases sociales de la política.

La confrontación partidista pertenece, en este sentido, al mundo de las pasiones, la política al mundo de la razón. La misma dicotomía entre razón y pasión diferenciaba a hombres de mujeres. Ambas dimensiones aparecen polarizadas en las diferencias de clase y de género. Las masas populares se habían politizado anárquicamente y las mujeres mostraban comportamientos sociales tachados de irracionales, que desbordaban los roles asignados. Eventualmente, la educación podría reencauzar a estos sectores en las sendas de la racionalidad republicana, pero bajo la hegemonía de la masculinidad ilustrada. Este fue el verdadero carácter de la defensa que los ilustrados hicieron de la educación femenina y popular. El

pensamiento de Riofrío no estaba aislado. Existía una red transnacional y trasatlántica de intelectuales liberales que discutían sobre la misión y el deber ser de las mujeres en el nuevo orden, en respuesta a la emergencia política femenina surgida de la Revolución francesa y de las revoluciones independentistas americanas.

El discurso de Riofrío ante la Sociedad de la Ilustración revela que los fervores revolucionarios iban cediendo frente a la necesidad del orden y que se requería asignar a la literatura la misión de allanar el camino hacia la estabilidad política propagando valores asociados a la razón y a la moral. Riofrío (s.f., 8) llega en ese contexto a admitir la posibilidad de usar un tono de denuncia moralizante en el ejercicio literario para que “todos aquellos que directa o indirectamente se extravían de la senda que la sociedad adopta para marchar segura, debían ser puestos en escena y presentados a la risa pública para evitar de ese modo su contagio pernicioso”.

Consideración final

¿Se inscribe *La Emancipada* en este nuevo registro literario-político propuesto por Riofrío? Posiblemente sí. Los criterios planteados por su autor en el discurso que analizamos preanunciaban de hecho la próxima aparición de su novela (catorce años después) y el carácter que ella tendría sobre todo en referencia a la tarea necesaria de escribir sobre “la mujer infame que ha profanado incauta sus gracias inestimables”. En *La Emancipada* está dibujada la admiración que despierta en el Riofrío ilustrado la belleza femenina asociada a la estética, al arte, a la naturaleza, a la estabilidad política y a la paz. Lo contrario, la ausencia de estos atributos, es vista como vicio y degradación, que es precisamente a lo que alude el desenlace de su novela.

La derivación de la pureza en putrefacción, en el caso de Rosaura, su tránsito de doncella a letrada, supone una dramática descripción que la novela ofrece en la forma de un testimonio del estudiante que ayuda en la autopsia, con el cual concluye la obra. Bien se podría conjeturar que dicho personaje recoge una experiencia personal del joven Riofrío (2009, 34).

El médico abrió su estuche, preparó los instrumentos, devolvió el resto al estudiante que estaba a su lado y empezó la operación. Al ver correr cruelmente las cuchillas y descubrirse las repugnantes interioridades escondidas en el seno de Rosaura, de la que poco antes había sido una beldad, un sudor frío corrió por la frente del estudiante: no pudo continuar mirando la profanación sarcástica del cuerpo de una mujer, pues había creído hasta entonces oscura y vagamente que la constitución fisiológica de este sexo debía ser durante la vida, un incógnito misterio, radiante de gracias y de hechizos.

La república letrada de los ilustrados cerró sus puertas a las mujeres. Fueron toleradas sus escrituras y lecturas íntimas de corte afectivo pasional, pero no las que se pronunciaban sobre el orden racional público republicano. Rosaura, Dolores Veintimilla fueron ejemplos de la estigmatización que sufrió el ejercicio intelectual femenino en el siglo de la emancipación, del progreso, de las utopías de la igualdad y del predominio de la literatura como uno de los campos fundantes del pensamiento político moderno.

Referencias

- Borja, Galaxis. 2016. “Sois libres, sois iguales, sois hermanos. Sociedades democráticas en Quito de mediados del siglo XIX”. *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas* 53: 185- 210.
<https://doi.org/10.7767/jbla-2016-0110>
- Culler, Jonathan. 2000. *Breve introducción a la teoría literaria*. Barcelona: Crítica.
- Goetschel, Ana María. 2018. “Los debates sobre la pena de muerte en Ecuador, 1857-1896”. *Procesos* 47: 11-32. <https://doi.org/10.29078/rp.v0i47.674>
- Maiguashca, Juan. 1994. “El proceso de integración nacional en el Ecuador. El rol del poder central, 1830-1895”. En *Historia y región en el Ecuador. 1830-1930*, editado por Juan Maiguashca, 355-420. Quito: FLACSO Ecuador / Corporación Editora Nacional.
- Moscoso, Martha. 1995. *Las palabras del silencio. Las mujeres latinoamericanas y su historia*. Quito: Abya-Yala.

- Newland, Carlos. 1991. "La educación elemental en Hispanoamérica. Desde la independencia hasta la centralización de los sistemas educativos nacionales". *The Hispanic American Historical Review* 71 (2): 335-64. <https://doi.org/10.1215/00182168-71.2.335>
- Riofrío, Miguel. 2009. *La Emancipada*. 2.^a ed. Doral, FL: Stockcero.
- s.f. "Discurso pronunciado por el Dr. Miguel Riofrío en el cuarto aniversario de la Sociedad de Amigos de la Ilustración". <http://hdl.handle.net/10469/9888>.
- Rodríguez Arenas, Flor María. 2009. Introducción a *La Emancipada*, de Miguel Riofrío, 2.^a ed., VII-LVII. Doral, FL: Stockcero.
- Rodríguez Sánchez, Ángel. 1990. "El poder familiar: la patria potestad en el antiguo régimen". *Chronica Nova* 18: 365-68. <https://digibug.ugr.es/handle/10481/58785>
- Ruiz Martínez, Jean Paul. 2022. "Letrados migrantes en tiempos de crisis. Las trayectorias de tres neogranadinos ilustrados en el Ecuador, 1857-1862". *Procesos* 55: 47-78. <https://doi.org/10.29078/procesos.v.n55.2022.3262>
- Terán Najas, Rosemarie. 2010. "*La Emancipada*. Las primeras letras y las mujeres en el Ecuador decimonónico". *Historia de la Educación* 29: 35-55. <https://revistas.usal.es/tres/index.php/0212-0267/article/view/8157>